

¿SE PUEDE CULTIVAR EL LATÍN VIVO?

Actualmente hay varios movimientos que promueven el latín hablado. Esto se da con propósitos didácticos, y también con un interés culto. Dentro de este último tal vez podríamos entender una como necesidad de probarse a uno mismo. “¿Seré yo capaz de expresarme en esta lengua, que puedo leer bien? Al cabo de un año muchas personas se comunican bastante aceptablemente en inglés, en francés, en portugués. ¿Por qué no puedo decir lo mismo de mi latín, si conozco su gramática y Cicerón está en mi mesa de luz?” He intentado muy mal sintetizar el que creo que es el pensamiento de muchos de nosotros.

No hay duda de que también existe el deseo de seguir la tradición de los grandes humanistas, que con su neo-latín tan puro veneraban a los antiguos. En todo caso, el sentido de estas líneas solo será transmitir mi escasa experiencia, que tiene el único mérito de ser entusiasta. Ojalá alguien, después de leerlas, sienta deseos de consultar y ponerse al habla con quienes han transitado mejor este camino.

Las ocasiones de cultivar el latín vivo son más de las que nosotros suponemos. Pero hablemos primero del CIRCULUS LATINUS BONAERENSIS. En 2004, con algunos alumnos y colegas (unas siete personas) decidimos reunirnos para hablar en latín. Por invitación de la SOCIETAS CIRCULORUM LATINORUM, que se puso en contacto con nosotros, nos unimos a ellos y no hemos dejado de recibir sus noticias y apoyo (no económico, porque la SCL no dispone de fondos).¹ Lo concreto es que seis veces al año en una cafetería, por espacio de aproximadamente una hora... *nihil nisi latine*. La vida moderna no deja mucho tiempo, y menos una ciudad grande como Buenos Aires. No todos pudieron ir siempre, pero ya tuvimos nuestro primer encuentro de 2005 y estamos en el segundo año.

Es claro que no somos ni Cicerón ni Erasmo, y que el peso mayor de la conversación lo llevamos los profesores, pero los alumnos también tratan de hablar y de incorporar vocabulario. Este no es solo de palabras actuales, como *computadora*, *televisión* o *pizza*, sino también de palabras de base del léxico de latín, que deberían saber por las clases. Justamente una de las utilidades de esto es que se recuerda mejor a veces por este medio que por los convencionales (que no son necesariamente malos) del aula.

Yo mismo solo había practicado algo el latín vivo, con alguna frase suelta dicha en las aulas. Incluso daba alguna clase en latín, porque los alumnos, aunque no lo sepan bien, no tienen problema en entender cosas como: *quid est obiectum directum huius sententiae?* Pero me sorprendí cuando, en 2004, Daniel Blanchard, *moderator* del Círculo Latino de París, vino a Buenos Aires como cantor clásico, integrante del célebre coro Les Arts Florissants. En efecto en un correo electrónico me manifestaba su deseo de aprovechar su viaje para asistir a una de nuestras reuniones. El lector puede consultar nuestra página y ver en los fotografías cómo Daniel, algunos profesores y algunos alumnos nos reunimos en mi

¹ Para información sobre nuestro Circulus Latinus o sobre otros en el mundo (p. ej. Circulus Latinus Barcinonensis), o sobre la Societas Circulorum Latinorum, basta con emplear un buscador en la Red. Una vez allí, puede seguirse con la opción Nexus, y se encontrarán diversas direcciones de interés.

casa, el 20 de septiembre de 2004, y hablamos latín.¹ Más aún, al día siguiente, acompañé a nuestro ilustre visitante en una recorrida por librerías de viejo de Buenos Aires y, por espacio de unas dos horas, solo hablamos latín, y me pareció increíble poder hacerlo.

Pongo ahora el ejemplo de mi mujer, María Alejandra Pertini, quien también enseña la lengua de Roma. Con sus alumnos del Instituto Libre de Segunda Enseñanza, en la Ciudad de Buenos Aires, de a poco fue tratando de dar cabida al latín vivo. Lo primero que hizo fue admitir en clase que para ella también era un aprendizaje: la mayor parte de los profesores (creo que lo mismo se dio en la sabia Europa) lo aprendimos como lengua para leer, no para hablar. A partir de allí dio partes de la clase en latín, instrumentó el uso oral y escrito de ciertas frases y propuso trabajos que ayudaran a adquirir vocabulario frecuente en la conversación (p. ej. los nombres de parentesco). Tanto los chicos como ella misma se sorprendieron de cuánto más fácil es incorporar palabras. Además, decíamos antes, el uso da confianza en las propias posibilidades. Más aún, los alumnos se animan y no solo responden sobre los parientes (en el caso arriba citado): también agregan dónde trabajan sus padres y, *lexico ministrante*, varían los vocablos. Un ejercicio que antes pareció imposible resulta, a fin de cuentas, entretenido.²

Por otra parte, uno descubre que hay muchas ocasiones a la mano. Una de ellas es llenar en latín el libro de temas de aula. No sé cómo es en otros países, pero en Argentina, antes de empezar, hay que escribir el tema de la clase del día en un insoportable libro verde. Los asesores pedagógicos suelen leerlo, y estampan su visto bueno (o no) cada tanto: no importa si les toca controlar la clase de química. Si se es un poco malvado, se puede poner en el libro de marras una frase como *hodie de cancri immortalitate tractabimus*. Lo más probable, al menos según mi necia experiencia, es que nadie nos tire de las orejas. ¡Basta ya de enemistarme con los pedagogos! El asunto es que se puede transformar algo aburrido en un divertimento que nos haga practicar.

También es buena idea poner nombres latinos a los alumnos. No digo traducir (llamar *Marius* a Mario), sino establecer incluso relaciones peregrinas. Por ejemplo, un alumno de este año tiene apellido calabrés; lo llamo Ennius, aunque la Calabria antigua no coincida localmente con la actual (esto da ocasión de un nuevo aprendizaje). Otro: una alumna del año anterior se llama Estrella; su nombre de aula era *Astraea*, lo cual permite incursionar brevemente en el mito de Virgo, en Virgilio, *et in alia*. Son cosas –no necesito aclararlo– no para burlarse de los alumnos, sino para distender el clima de la clase y, de paso, aprender un poco sobre temas de cultura y civilización.

Es asimismo útil valerse de frases latinas en circunstancias habituales. Por ejemplo: *i in sellam tuam, obviam incede*; el consabido saludo *salvete, discipuli, salve, magister; escam iace in canistrum* (cuando alguien come o mastica en clase); *aquam mihi offer* (para que un alumno lleve al profesor, que tanto exige a su garganta, un vaso de linfa reparadora); *lege clara voce; iam dixi vobis, silete*. Incluso un alumno no muy aplicado lo entiende. Creo

¹ <http://buenos-aires.latinitatis.com> .

² No es necesario aclarar que siempre hay alumnos poco empollones. Para vocabulario de cosas actuales, se ayudó entre otras cosas con las óptimas revistas *Iuvenis* y *Adulescens*, historietas íntegramente escritas en latín editadas por ELI (EUROPEAN LANGUAGE INSTITUTE, Recanati, Italia).

que es recomendable también variar el vocabulario de estas fórmulas que nosotros mismos creamos, o que tal vez están en algunos libros.

Cultivar el latín hoy creo que significa incluso perder el miedo. Debemos –o tal vez mejor, *debo*– ante todo considerarnos *tirones*: quienes son latinistas consumados, no necesitan leer estas divagaciones mías. Como aprendices, aprendamos nuestro oficio y no nos avergoncemos de cometer errores y torpezas, pues es nuestra intención corregirnos. Para esto un gran método es el de escribirse con quienes practican el latín en la Red. Vemos que muchos de sus cultores actuales son muy puristas: usan doble dativo, *macte virtute, pro comperto habeo, tanti aestimare*; en fin, expresiones de la más clásica latinidad. En esto se parecen a los grandes humanistas, en desdeñar el uso de “modernismos” trasladados al latín (salvo cuando parece casi imprescindible, como en *elevator, ascensor, televisio*) Concentran su mayor esfuerzo en valerse de las palabras antiguas del Lacio, casi sin concesiones a neologismos. Si prestamos atención a tales sabios, que son por otra parte modestos y *humani* en su trato, y los imitamos según nuestras posibilidades, habremos dado un gran paso.

Probablemente los grandes latinistas se enojen conmigo y con mis balbuceos, no poco abundantes en barbarismos, en solecismos, en asianismo y en cuantos vicios hay; pero perder el miedo al disparate enseña que es mejor equivocarse que jugar al oficio mudo. Por otra parte, los neologismos siempre serán necesarios, o al menos comunes. Valga un argumento de autoridad; en efecto, en la página de inicio del doctísimo LINGUA LATINA HODIERNA¹ se lee *clica* como una instrucción para entrar a cada sección, y estos latinistas saben perfectamente que pueden usar *preme* u otra palabra clásica. No es necesariamente malo latinizar palabras inglesas: ellos también incorporan incontables palabras latinas.

Otro medio interesante es el que ya dijimos, formar un círculo latino. Aunque este no adhiera a la Societas Circulorum Latinorum, la *ascesis* común sin duda ayudará. A las reuniones se pueden llevar escritos, léxicos de latín hodierno, listas de vocablos específicos (p. ej. *Centum vocabula computatralia*: tal el título de un documento que puede encontrarse en la Red). Traducir nombres y apellidos (incluso tomar un nombre latino académico a la manera, *mutatis mutandis*, de los grandes humanistas) es aprendizaje y diversión. No es mala idea fijar antes un tema, aunque este no sea excluyente. Lo importante, a mi parecer, es la constancia. Es preferible un número realista en la frecuencia de reuniones (p. ej. una vez al mes, exceptuados los períodos de ferias y los de exámenes).² Si la experiencia probara que se puede más, mucho mejor.

También se puede escribir en latín; no es imposible, ni mucho menos. Es verdad que aquí hay un cuestión, si es o no necesario respetar la métrica antigua latina. El austríaco Martín Freundorfer, gran poeta latino actual, sostiene que sí.³ Más aún, me escribió, en un correo del 18 de junio de 2004, un epigrama del que copio los dos primeros versos:

Cur non obsequeris sacratae legibus artis

¹ <http://www.zum.de/Faecher/Materialien/bosch/latein/heute.htm> .

² Como se ve, me remito a nuestra propia experiencia, arriba citada.

³ Su nombre literario es Martinus Zythophilus; algunos de sus poemas pueden hallarse en la Red, en POESIS LATINA HODIERNA, sitio creado por Marc Moskowitz.

Et faciens uersus neglegis omne metrum?

No considero apropiado discutir con un latinista tan eminente; en todo caso, como mi estro poético es tan ínfimo, exhorto a quienes se animen, a escribir como puedan, con o sin apego a las reglas antiguas de métrica. En todo caso, no pensemos que quienes cultivan hoy nuestra lengua lo hacen al modo macarrónico.¹

Otra vez acudo a mi propia experiencia; esta vez, la de poner en latín canciones populares. Por decir despreocupadamente una cifra, hice unas cuarenta de tales versiones: tangos, canciones folclóricas argentinas, canciones hispanoamericanas y canciones de otros países (inglesas, italianas y una en francés). Todo empezó con un divertimento pero esa práctica, a la que dedico algún tiempo sobre todo en vacaciones, me divierte a la vez y me hace aprender. En efecto, más que “traducir”, lo que hago es revivir *ad modum meum* una situación del mundo antiguo, mediante una música famosa. Como un solo ejemplo, para no pecar de *superbia* y para no molestar más a los lectores, copio mi libre interpretación, basada en Tibulo, del conocido tema popular *Adelita*.

Si Adelita se fuera con otro,
la seguiría por tierra y por mar;
si por mar, en un buque de guerra;
si por tierra, en un tren militar.

Si mea Delia alium comitaret,
eam sequerer terra marique;
si per mare, navibus Liburnis;
si per agros, essedis Gallis.

Y si acaso yo muera en la guerra,
si mi cuerpo en la tierra va a quedar,
Adelita, por Dios te lo ruego,
que por mí no vayas a llorar.

Forsan moriar Messalam sequendo,
forsan moriar terra Aquitana:
mea Delia, omnes deos obtestor,
cineres meos semper ut colas.

Si Adelita quisiera ser mi esposa,
si Adelita ya fuera mi mujer,
le compraría un vestido de seda
para llevarla a pasear al cuartel.

Utinam Delia mecum nuberet,
utinam bella amoris impleat;
numquam Lares desertos redderem,
semper oleo meos deos linerem.

Es verdad que mi latín es *sui generis*, pero mis juegos, junto con el humor, me dan la obligación de buscar, diccionario en mano, usos y frases (a veces para apartarme de ellos *in animo iocandi*) y de aprender sobre los hechos que recreo. Por otra parte, sé que no soy el primero ni el único en haber hecho tales *nugulas*; pero seguir hablando de ello sería todavía más excesivo.

Nuevamente me permito –tremenda arrogancia– hacer una sugerencia. Se puede practicar escribiendo en latín en los libros. Como cultor de las librerías de viejo, a cada momento me pasa que los que compro llevan el nombre de su anterior poseedor (en muchos casos, anteriores). A eso suelo añadir: *sed nunc Radulfi sum* (con variantes, como *Radulfus me habet* o *Radulfo sum*). No es raro que agregue al título alguna frase alusiva. Ejemplifico de nuevo: supongamos que compro una edición del *Quijote*; podría escribir (improvisamente ahora mismo) *ego quoque giganteis molendinis oppugno*.

¹ Me he ocupado un poco del tema en el artículo “Poesía de poetas latinos actuales”, *Ágora; Estudos Clássicos em Debate* 6 (Universidade de Aveiro, Portugal, 2004, pp. 193-209).

Una –prometo– última cosa. Más de una vez encuentro libros –algunos son valiosos– tirados en la calle. Por ello inventé un quimérico librero (mi pérdida y quijotesca imaginación lo imagina holandés) llamado Iohannes Edaphus. Tengo por costumbre poner en tales objetos frases como *dono dedit Iohannes Edaphus bibliopola*.¹ Con frecuencia he visto que principiantes en el griego usan dicho alfabeto para escribir cosas diversas, como modo de adquirir familiaridad (p. ej., ponen con caracteres griegos, como les salga, “traer los apuntes”). Puede escandalizar a más de uno, pero no hay duda de que por lo menos aprenden lo básico de la lectura. Así también nosotros podemos cultivar un latín en pantuflas, que nos ejercitará; y no es una falta de respeto, porque nuestro deseo es mejorar *paulatim*.

No necesitamos aclarar que mis reflexiones desordenadas apenas recibieron un orden mínimo, como para ser expuestas no tan indecorosamente a los lectores. Resumamos. Es bueno reunirse periódicamente (una vez al mes en tiempos de clase, para dar una frecuencia mínima) y practicar como sea, sin sonrojarse ante la propia limitación. Lo poco que se haga es bueno; sigamos perseverantemente y se verá cómo es posible expresarse hoy en latín.

En la vida diaria hasta las ocasiones más banales nos permiten valernos del latín (hablarlo o escribirlo). Sé que con razón algún lector dirá que quien esto escribe es un improvisado; pero de los *stulti* a veces se apodera una manía que les hace decir, entre sandeces, algo bueno.

Raúl Lavalle
(*aliter* Radulfus)

¹ Con variantes; no es raro que lo escriba en griego (en efecto, el apellido Edaphus lo inventé a partir de una palabra griega que significa ‘tierra’). ¡Pero basta de locuras librescas en este año del *Quijote*!